

# AMBIENTE CULTURAL EN LA CHABOLA DE UN PASTOR FELIZ

Una tarde con José Mari Gamboa

IÑAKI LINAZASORO

Resulta infrecuente conversar con un pastor de ovejas, que a la sacrosanta hora de la siesta, en lugar de dormir se entretiene leyendo una novela de Oscar Wilde, medita sobre unas páginas de Shakespeare o se emociona escuchando bersolaris a través de la cinta magnetofónica.

Considero, pues, bellamente noticiable —por lo chocante y alentador— el caso de un pastor de Aralar que se «esculpe» el cabello a navaja, se afeita y acicala todos los días para agradar a su amada, la Naturaleza, con la que vinculó hace treinta y tres años. Un «artzai» autodidacta informado del devenir político-social, que lee, razona, piensa y... hace pensar.

He pasado una tarde en la chabola de José Mari Gamboa, en la zona de Albi, en el Aralar navarro, intentando embriagarme de una paz y un sosiego que nuestra sociedad de consumo ya no puede ofertar. Anheló poder transmitir a este nuestro desmadrado mundo el mensaje de un hombre feliz, hallazgo para el que, por desgracia, se requieren muchas lámparas de Diógenes simultáneamente encendidas.

¿Secreto de esta felicidad?...

## EL ENTORNO

Me lo contará José Mari en el transcurso de una amenísima sobremesa.

Tarde agosteña, espléndida. Pacen en *Albi* las ovejas recién esquiladas, inmaculadas por las recientes lluvias caídas. Buscan la sombra de algún centenario árbol que avanzando de la espesura del bosque de hayas bravas («pago lizarrak») parecen ejemplares imbuidos por ese afán de liderazgo y «vedettismo» tan en boga entre los mortales.

Una piara de cerdos descarados o civilizados (como guste el lector), profiriendo saltitos y gruñidos con sordina, se dirigen hacia un grupo de excursionistas en bañador, que se pigmentan expuestos al sol, tras haber aparcado el utilitario a la sombra y en «zona verde», que resulta más amplia y cómoda que la mejor «zona azul» capitalina.

Las esquilas de las yeguas que pastan a sus anchas pero sin perder de vista a sus potritos retozones, quiebran dulcemente el silencio de esta parcela del grandioso Aralar navarro que tiene su nombre concreto: «*Erregenekoa*» o *Rea-lengo*.

El sol no molesta, acaricia, al sentirse atenuado por el vientecillo del Noroeste. No obstante, él astro rey luce esplendoroso, prendido sobre un cielo de fondo azul, intensamente azul, avivado por unos cirros blanquísimos que simulan el estallido de unos potentes cohetes-bomba, heraldos de un acontecimiento larga, comunitariamente esperado por la familia trabajadora europea: la vacación de agosto, la exaltación de la vida...

El sol revaloriza el Aralar, lustra el pasto e infunde profundidad al bosque de erectas hayas, cuyos troncos gris-plateados se recortan nítidamente en un fondo suavemente clorofilado, tonificante y relajante, iluminado por la luz tamizada en el palio vegetal.

Es el disfrute de un día privilegiado, antípoda de esa retahíla de jornadas grises, lloviznosas, típicamente barojianas, necesarias al parecer para apreciar y loar estas otras radiantes de Euzkadi. (Por algo nuestros antepasados adoraban al sol... Siempre se anhela lo que no se tiene.)

Abandono el bosque y la moqueta de hojarasca en el calvero de Albi. Localizo el dolmen existente, vestigio de la paganía («*gentillak*») que rendía el último honor a sus muertos enterrándolos en estos monumentos funerarios o «*gentillarriak*», formados por descomunales piedras que simulan un altar.

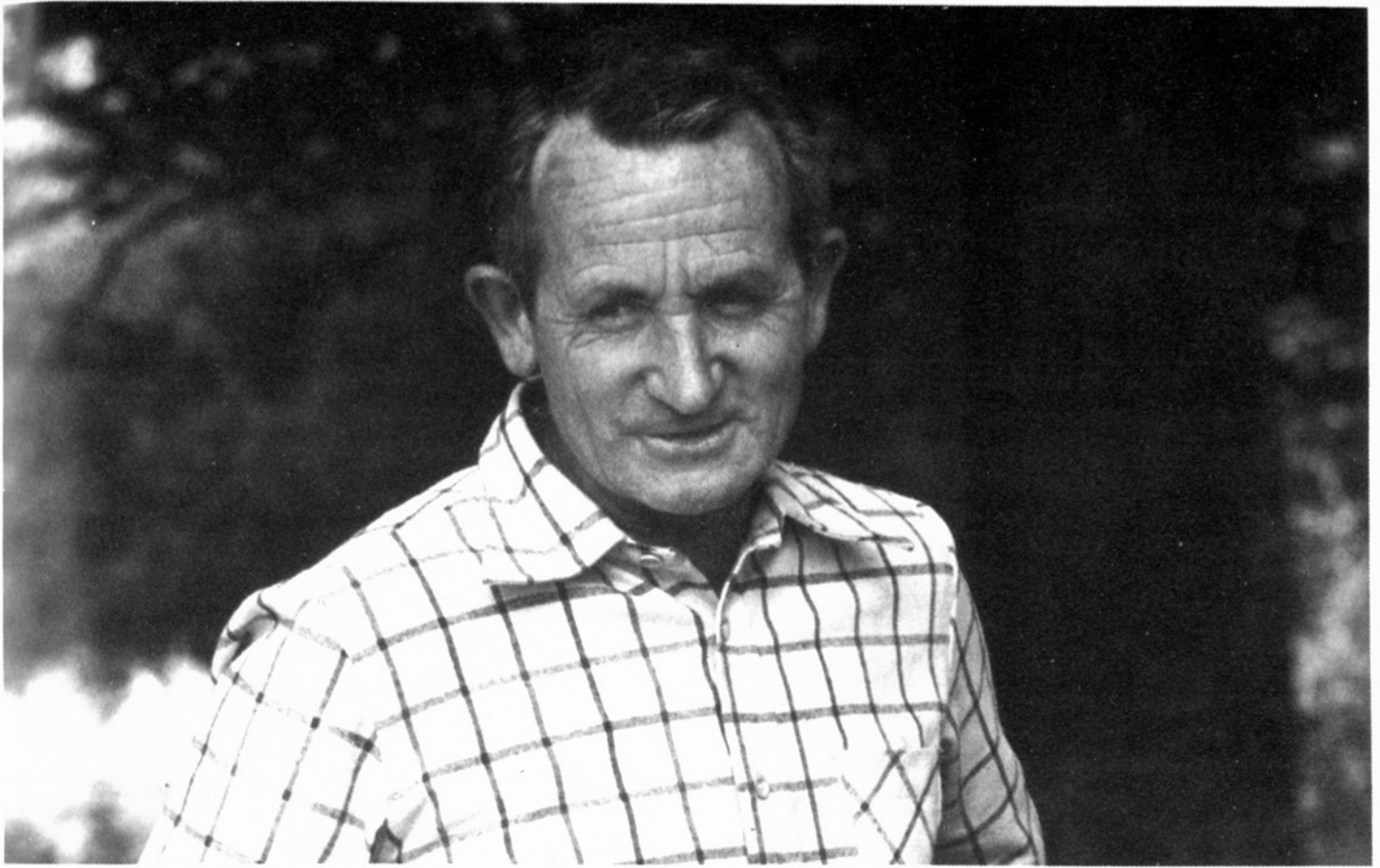
Próximo al dolmen de Albi, en un hondón, la Naturaleza guarda un obsequio para el caminante: el salutífero manantial de *Kapatar iturri*, cuya invitación a refrescar el gaznate no existe numantino que la desestime.

Entre trago, disparo fotográfico y parada contemplativa, he alcanzado mi objetivo: la majada de José Mari.

Interior y exteriormente es la más moderna de las tres que se ubican en Albi, a cerca de los mil metros de altitud sobre el nivel del mar. Las otras dos se hallan ocupadas por los pastores Ildeponto y Perico.

José María Gamboa reconstruyó su chabola en 1969. Blanca, con puerta y ventanas pintadas en verde y abundante leña troceada curiosamente apilada contra la fachada lateral. Dispone de un cercado de madera que se puede trasponer por una pequeña cancela o «*langa*».

En este rústico acotado se yergue un ejemplar de haya centenario que a partir del suelo se ramifica en tres respetables troncos. Zunchado a uno de ellos, José Mari ha dispuesto un lavabo cuyo depósito lo llena con el agua transportada en bidones desde la cercana fuente de «*Kapatar*». De este singular árbol tritroncal a otro de la misma variedad «*fagus silvática*», existe una pértiga horizontal utilizable en nu-



*José Mari Gamboa, espécimen de pastor feliz, culto y libre*

merasas ocasiones. Una mesa y dos bancos corridos de madera se extienden a la sombra de las hayas. «Pittin», la perrita preñada, con sus ladridos, intenta dar sentido de propiedad privada al paraíso de José Mari.

### **RICO EN AMISTADES**

Pero a pesar del celo canino, la chabola descrita es el «refugium peccatorum» de mendigozales, excursionistas y peones de la cultura vasca.

La cancela se franquea con sorprendente facilidad y «Pittin» depone su fiera actitud guardiana, cuando su amo solitario, profiriendo un *Eup!*... sincero, ofrece pan, techo y lumbre a sus numerosos amigos.

—Soy pobre en dinero y rico en amistades —me lo confiesa con un realismo aristotélico en línea con lo que Chopin escribía a Dzierwanosky: «No me interesa el dinero, sino la amistad.»

También hoy José Mari nos ha brindado su rancho de amigo a un montañero barbudo que iba de camino y al que esto escribe: carne guisada con ensalada y queso de casa, de «confianza», elaborado por él con leche de oveja lacha y sin ahumar, porque Gamboa no broncea sus quesos.

El mendigoizale ha tomado su trago de vino y ha seguido su camino. El escritor ya había almorzado, pero no obstante, ha compartido el excelente queso «made in Aralar», recordando

la máxima sobre dicho alimento: «el complemento de una comida espléndida y el suplemento de una deficiente», al mismo tiempo que el sabio consejo moderador del filósofo-políglota P. Galdos que decía: «*Urte guzian gaztaia eta urte guzian gaztai bat*» (Todo el año queso, y en todo el año un queso).

El «artzai» se libera —por hoy— de fregar la vajilla. Se lo hace Angel, amigo pamplonica, estudiante de Medicina (ignoró de qué curso por ser pregunta indiscreta), que descansa un par de días en el «cinco solés» de José Mari.

El titular muele café girando el manubrio del viejo molinillo «Elma». Entretanto el escritor anota nombres de determinados personajes que han sido huéspedes de José Mari y que me los va dictando:

Monseñor Ignacio Larrañaga, Obispo de Pinaliang (China). El escritor y particular amigo Miguel Pelay Orozco. Varios profesores de la Universidad de Kyoto (Japón) enviados por la Academia de Lengua Vasca (año 1969). Eran muy correctos —puntualiza mi entrevistado—,

se pasaban el día haciéndome reverencias. Me acompañaron durante una semana y qué bien hablaban el euskera, despacio, pero muy bien. He tenido a una profesora de idiomas finlandesa. Los toreros Rafael Girón y Agustín Parra «Parrita». La primera *andereño* clandestina de Ikastola, Elvira Zipitria, todos los años me visita. Los Elósegui de Tolosa (Perico, Jesús y Joaquín, pioneros del montañismo en Igaratza. El poeta vasco Emeterio de Arrese también pasó por esta chabola...

El aroma de café transcende al exterior. Echamos a correr para apagar el hornillo de butano sobre el hierve el vivificante moka.

En la mesa de la cocina abuhardillada, muda testigo de reñidas competiciones musicales —sala de sesiones, la denomina José Mari—, se extienden una veintena de cintas magnetofónicas. En la pared cuelga una «alboka» pastoril; un termómetro, barómetro e higrómetro. Sobre la tabla, una radio-cassette y dos voluminosos libros en lengua francesa: «*L'imagination au galop*» y «*L'oeil apprivoise*». Cuando los hojeo, el anfitrión me manifiesta que se los han enviado de obsequio unos reporteros de Televisión Sui-

La vieja chabola de José Mari en el paraje de Albi



za, que en el otoño pasado estuvieron en la chabola.

—Les preparé unas «*gibelurdiñak*» (setas) que se chupaban los dedos —agrega José Mari—. Constantemente me visitan los amigos, y esto me llena de alegría.

Salimos del cubículo, bajo el palio forestal. El anfitrión nos sirve el café a un vaso. Cargo la cucharilla de azúcar y la vierto en el suyo.

—*Zenbat?* (¿Cuántas)

—*Orrelako lau bat* (Unas cuatro como esa). Los pastores andamos mucho, quemamos calorías y el cuerpo necesita glucosa.

Me sigue hablando de su caudal amistoso. «La semana pasada me ha visitado un cirujano vasco que trabaja en Barcelona y que viene todos los años.»

En el caso que me ocupa, se convierte en reconfortante verdad la frase de Esquilo: «El tiempo prueba lo que son y lo que valen los amigos.»

## HOMBRE INDEPENDIENTE

Gamboa, al igual que el escritor ruso, puede escribir sus memorias bajo el epígrafe soñado, pero no alcanzado, por infinidad de seres humanos: «Yo escogí la libertad.»

Ha transcurrido treinta y tres de sus bien llevados cincuenta y dos años ejerciendo el oficio de pastor por cuenta propia. La profesión que según sus propias declaraciones, menos ha progresado en el universo.

Descendiente de modestos pastores, su tío-abuelo Paulo Gamboa fue el primer «*artzai*» del pueblo de Arruazu en Aralar. Continuó su padre Martín, al que con trece años ya ayudaba José Mari.

Primogénito entre ocho hermanos, en dos ocasiones intentó la familia cambiar el rumbo de su vida. Pero vanamente. Le emplearon de dependiente en un comercio de electricidad de

Donosti... y resistió cinco meses sin volver al Realengo. Con posterioridad, la familia cambió de domicilio a un industrial pueblo guipuzcoano, lograron que su hermano mayor vendiese el rebaño y lo colocaron en una fábrica... donde aguantó unos cuantos meses.

—*Etsi ezin!* (¡No podía acostumbrarme!) Sentía claustrofobia, el taller se me venía encima. Los fines de semana me escapaba a Aralar. Por fin, vencida la experiencia, aquí estoy de nuevo, libre y feliz. Rescaté mi chabola, rehago mi rebaño y en adelante, jamás me separaré de mis ovejas, de mi Aralar.

—¿Feliz en tu independencia?

—Soy feliz porque me conformo con lo que tengo y no le envidio a nadie de este mundo.

—¿Cuántas ovejas tienes?

—Mira, *lñaki*. Esa pregunta no se la hagas nunca a un «*artzai*», porque no resulta de nuestro agrado. Se lo preguntaron a un compañero de la majada de Desao y saltó con esta pata de banco:

—*Zuk esaten didazunean zenbat diru daukatzun gordeta bankoan, orduan esango dizut zenbat ardi ditudan* (Cuando usted me diga el dinero que tiene guardado en el Banco, entonces le diré las ovejas que tengo).

Cada año voy aumentando el número de cabezas, pero cualquier otro pastor tiene más que yo. Hoy día, los rebaños son mayores que antes. Solamente en la majada de «*Beloki*», entre Miguel y José Mari tienen unas mil cien y Anixeto tendrá un rebaño de ochocientas. Las más pastan por Albi y si permaneces aquí hasta el anochecer, es probable que vuelvan ellas solas al redil, como lo hacen los días calurosos.

—¿Buenos pastos, los de Aralar?

—Excelentes. El enemigo de las ovejas es el excursionista incivilizado que deja el monte lleno de restos de comida, papeles, plásticos y latas. A veces, los animales comen de ellos, se les revuelven las tripas y tenemos problemas...

—Vuestra trashumancia, ¿cómo se desarrolla?

—Abandonamos Aralar cuando se acercan las primeras nieves, a primeros de noviembre, aunque hemos tenidos años buenos en los que he «bajado» la víspera de Nochebuena. La vuelta, mis compañeros la hacen a primeros de mayo, pero yo me retrasé un poco.

—¿Dónde pasas el invierno?

—En Arruazu, en mi casa natal de «Etxartenea».

—¿Allí también peregrinan tus amigos?

Pausa y sonrisa de José Mari...

—Hasta el punto que algunos malpensados del pueblo sospecharon que yo era «chivato». Pero no sabían si agente de la CIA, miembro de ETA o confidente de la policía. Un domingo me llegaron cinco amigos estudiantes de la Universidad de Navarra en un coche matrícula «CA» y al rato aparqué otro coche matrícula «SS» con otra cuadrilla y hablando euskera. Todo el misterio se centraba en un cocido ilustrado al que invité a los estudiantes.

## PASTOR CULTO

Cuando nos debatimos entre dos corrientes poderosas: la camelocracia y el snobismo, cuando una marea negra de zafiedad y contracultura asola el mundo aun en los más altos niveles, alienta conocer el caso de un pastor de ovejas, singular espécimen que es inteligente por permanecer soltero (?), culto por leer y meditar todos los días y correcto en su porte.

Comentando sus últimas lecturas, he atisbado sus preferencias: En novelistas, Zane Grey, quizá por la descripción de la Naturaleza. Respecto a poesía, prefiere la euskérica con Orixé a la cabeza. A Fernando Aire «Xalbador» también le selecciona entre los poetas en lugar de considerarlo bersolari. De las biografías, le han impresionado las de Edison, Napoleón y Beethoven.

Tuvo pequeña pantalla en la chabola, pero la vendió, porque apenas programaban cosas de interés.

—*Txorakeri ugari bai...* (Sinsorgadas abundantes sí...).

Con el dinero del aparato adquirió una máquina de esquilar, marca «Sumbean», la primera por estas latitudes.

Es suscriptor de la revista de ciencias naturales «Munibe» y admirado colaborador de varios directivos de «Aranzadi», a los que ha facilitado datos sobre el Aralar.

Mi interlocutor me confiesa que conoce en sus dominios una piedra muy importante, anti-quisima, de la que ningún arqueólogo tiene noticia.

Le insinué que sería para mí un motivo de satisfacción dar cuenta de este su hallazgo, pero mi anfitrión elude facilitarme más información, cuyas primicias se las quiere brindar a un paisano, amigo de la infancia y erudito personaje José María Satrústegui.

El rebaño de ovejas enfila la majada. El atardecer se extingue dulcemente. Con un apretado abrazo me despido de José Mari, uno de esos hombres que gana en valor al ser conocido.

*Agur, Artzai jauna!*... En mi próxima visita te regalaré un libro. Mientras tanto, graba en tu magnetófono esta poesía de Emeterio Arrese que díjase compuesta para tí:

*Ardizai emen bakar bizi naiz  
nere txabola xarrean,  
bakarti, baña zoriontsu goiko  
saroi eder ixillean;  
pozaren bidez irrintz-oyuka  
nabillen aldi berean  
mendi-kolkoak erantzuten dit  
ots alai bete-betean.*

(Pastoreando ovejas vivo aquí solitario en mi vieja chabola. Solo, pero feliz en la hermosa y silente majada. Cuando exteriorizo mi dicho profiriendo «irrintzis», los collados me contestan plenamente con su eco alegre.)